

tragar para los Poderes, el preguntar directo por su legitimidad no es otra cosa que impugnarla de hecho, retirarle los falsos fundamentos sobre los que reposa, convocar a la insurrección, en fin.

Al igual que la crucifixión de Cristo, el envenenamiento de Sócrates constituyó *el* escándalo histórico. Los resultados, sin embargo, fueron muy distintos. Mientras que del primer crimen surgió una institución homogénea y rígida, la Iglesia Católica, el segundo dio origen a sucesivas generaciones de hombres críticos, impugnadores, insatisfechos —y sustancialmente heterogéneos todos—, cuya intervención en los momentos decisivos, o bien cambió el mundo, o bien dejó el testimonio angustioso de la imposibilidad de cambiarlo. Esto último fue lo más frecuente, claro. Porque, como Sócrates, los «socráticos» tendieron casi siempre a repetir la misma ingenuidad del Maestro: pensar en que «la necia criatura humana podría redimirse por medio de la razón».

**Mitre**, *Federico Jeanmaire*, Buenos Aires, *Seix Barral*, 2003, 218 pp.

El 99.9% de las conversaciones cotidianas, intrascendentes, absur-

das —de esas que se entablan accidentalmente en el ascensor, en la farmacia, en la panadería—, suelen terminar con un contundente así es la vida que no sólo significa que no hay más nada que decir, que se acabó la charla, sino también que de la vida no se puede decir nada... salvo que uno se encuentre con un filósofo o una especie de cultor libre de la filosofía, esto es, con un loco. Precisamente, de estos imprevistos —e indeseables— encuentros con gente que no es como uno está plagada la divertida y al mismo tiempo profunda historia que nos cuenta Federico Jeanmaire en *Mitre*, una historia cuyo título nada tiene que ver con el héroe epónimo argentino y sí, en cambio, con la famosa línea de ferrocarril que lleva su nombre y, sobre todo, con los viajeros que se ven obligados a sufrirla todos los días.

De José León Suárez (en la provincia de Buenos Aires) a Retiro (en la Capital Federal), y de Retiro a José León Suárez, pueden ocurrir las cosas más disparatadas, si el que viaja, a la vez, mira. Según parece, el autor ha mirado mucho, y de esta suma de miradas ha sacado una serie de conclusiones, de pasajero experimentado, que aquí vuelca en un trayecto único, con paradas que a la vez son capítulos, y con estaciones terminales que, efectivamente, son un principio y, un fin, aunque no precisamente los

del itinerario del tren, sino más bien trascendentes, una especie de así es la vida, pero esta vez, y como excepción, en clave filosófica.

«Así es la vida», dice en el capítulo-estación de Colegiales una señora que acaba de subirse al vagón donde viajan sentados Roberto y Mariela, los héroes de la historia, frente a otros subhéroes transitorios (se bajarán en algún otro capítulo-estación). Todos ellos han formado de inmediato un grupo, casi una familia, y dentro del grupo, Roberto y Mariela, quienes, al igual que el resto, se acaban de conocer accidentalmente y, sin embargo, caen en la fascinación de lo eterno, de lo permanente, según el sesgo insólito que desde el comienzo ha tomado el viaje.

Como no corresponde, el uruguayo Washington, uno de los miembros del grupo, confiesa en voz alta a la señora que «lo ha impactado fuertemente la increíble capacidad que ha demostrado la mujer... para resumir en cuatro palabras lo que es la vida, y que, tan exacta síntesis femenina, en una materia tan complicada como la vida, lo entusiasmo sobremanera». Esto, en un tramo. Y en otro, donde definitivamente se ha encendido la luz roja sobre el riel: «¿Usted se refiere, Washington [la que pregunta es la mujer], a que la vida no es otra cosa que una sucesión aparentemente infinita de despedidas?»

Más luz roja, y la que tercia entonces es Mariela: «Creo que empiezo a entender de qué va el asunto, señora. Usted sugiere que la vida no es sólo despedirse continuamente sino que la vida tiene también mucho de ilusionarse humanamente con volver a encontrar aquello que hemos despedido».

Metáfora del viaje y metáfora del viaje que es la vida, es esta novela. Despedida y confianza en un próximo reencuentro, que no siempre se cumple. Encuentros que se convierten rápidamente en desencuentros, como entre la muchedumbre a la espera de un tren. Para nosotros, la vida tiene estaciones de paso, fulgores ilusorios —como los de Roberto y Mariela—, como los del grupo, la familia, que se ha formado a su alrededor, fulgores que durarán lo que dura este viaje de ida y vuelta entre una terminal y otra. Esto es Mitre: la pregunta grave (pero llena de humor) por la vida, pero precisamente desde la perspectiva opuesta a la de quienes afirman, muy sueltos de cuerpo, que ella «así es».

**El buen nombre**, *Jhumpa Lahiri*, Buenos Aires Emecé, 2005, 70 pp.

La inocente carta de una mujer en Calcuta (Bangla Desh,

India) dirigida a su hija en Massachusetts (EE.UU.), recién casada y emigrada junto con su marido a este país, puede perder de pronto toda su inocencia y desatar una serie de dolorosos hechos —aunque también ricos en enseñanzas— tanto para la destinataria como para su esposo, su hijo que acaba de nacer y la hija cuyo propio nacimiento no ha de hacerse esperar. La carta es portadora precisamente del nombre (el buen nombre) de ese niño que ha llegado a la vida en un país extraño, Estados Unidos, pero se pierde durante el viaje y jamás llegará a destino. Así, además de romperse una larga tradición —la de los nombres elegidos exclusivamente por la abuela—, el niño se queda sin nombre oficial, sin nombre público, ese por el cual deberían conocerlo las personas fuera del círculo familiar, para retener él tan sólo el apodo, el «nombre cariñoso» que únicamente deben saber sus padres y su entorno más cercano, el de los familiares bengalíes, sea que permanezcan en Bangla Desh o integren la inmensa multitud de parientes y amigos que también han emigrado a Estados Unidos. Entre estos encuentros y desencuentros de nombres gira la buena novela de la india Jhumpa Lahiri, nacida ella misma en el extranjero (Inglaterra, para des-

pues trasladarse con sus padres a Nortamérica, donde vive en la actualidad).

El «buen nombre» tiene siempre un significado digno y enaltecido. Por ejemplo, el de Ashima, la madre del niño, quiere decir «la ilimitada, la que carece de fronteras», y el de Ashoke, el padre, «el que trasciende la pena». Pero «los apodos cariñosos no aspiran a tanto, y nunca se registran oficialmente; se pronuncian y se recuerdan, eso es todo. A diferencia de los buenos nombres, con frecuencia carecen de significado, o son deliberadamente tontos o irónicos e incluso onomatopéyicos. A menudo, durante la infancia, uno responde indistintamente a docenas de nombres cariñosos, hasta que finalmente alguno de ellos termina por imponerse sobre todos los demás».

La tragedia de este niño «inominado» será que su apodo cariñoso no es uno propio del país donde nació (*Jemmy, Bernie, Johnny...*), ni siquiera uno bengalí, ni tampoco un apodo en sentido estricto, sino, para colmo, un apellido y, por añadidura, ¡ruso! Se llamará, en casa o fuera de ella, Gogol, el célebre escritor al que su padre no sólo admira, sino que además le ha salvado prácticamente la vida, gracias a la lectura del más célebre de sus cuentos, «El capote», durante un viaje en

tren, en Bengala, que acaba en descarrilamiento, terror y muerte.

La tragedia, pues, es llamarse Gogol en el país de los *Jimmies*, *Bernies* y *Johnnies*. Un nombre desconocido, impronunciable e insólito para los norteamericanos. Un nombre del que habrá que huir tanto como de los extraños usos y costumbres bengalíes que representa, incluidos esos de los «nombres cariñosos» y los «buenos nombres», nombres cariñosos que pueden llegar hasta la extravagancia de concluir en que uno se llame Gogol.

Y el libro es la tentativa de Gogol —condenada de antemano al fracaso— de integrarse a la sociedad en que nació, tal como luego fracasara en el intento contrario: reintegrarse al mundo del que proceden sus padres. El libro que inevitablemente escribiría cualquier escritor que haya pasado por la amarga experiencia de la emigración o el exilio. En estas condiciones, «nunca se es ni de aquí ni de allá», parece decirnos Lahiri. Se es de una dimensión desconocida, que cada cual tiene que recorrer y descubrir por su cuenta, hasta lograr asimilar, de algún modo, lo inasimilable: que uno es hijo de dos culturas forzosamente distintas o incluso opuestas. El camino, con seguridad, está poblado de dolor, y su fin es incierto. Porque no todos los

caminos conducen a Roma, y no siempre estamos destinados a encontrarnos con nuestro «buen nombre».

**Ricardo Dessau**

**Insensatez**, Horacio Castellanos Moya, Barcelona, Tusquets, 2005, 155 pp.

Horacio Castellanos Moya (Honduras, 1957), escritor de la disidencia, profeta de la desintegración de la guerrilla y polémico por poner en tela de juicio las virtudes del revolucionario, de nuevo, en esta novela, realiza una exploración crítica sobre la violencia, a pesar de que, hace tiempo, ya recibió amenazas de muerte por su libro *El asco* (1997), lo cual le obligó a exiliarse. Ahora aborda el tema, utilizando la definición que de este escritor hizo Roberto Bolaño, «... como si viviera en el fondo de alguno de los muchos volcanes país en el que ha vivido, El Salvador», palabras que avisan al lector tanto del estilo como del tono del libro que estamos comentando.

*Insensatez* se centra en el genocidio cometido contra los indígenas de Centroamérica a través del descubrimiento que de